

infelices el dinero que ocultaban. Murieron en la ciudad de Jerusalem un millon y cien mil judíos; y en lo restante de Judea un millon doscientos treinta y ocho mil cuatrocientos sesenta; y no se comprenden en esta cuenta las mugeres, los niños, y los ancianos que murieron de hambre, en los alborotos, ó en las llamas. En fin, se hicieron noventa y nueve mil doscientos prisioneros, de los cuales unos fueron sentenciados á los trabajos públicos, y otros al triunfo de Tito; y los hicieron salir á los anfiteatros de Europa y de Asia á combatir á muerte unos contra otros, para divertir al populacho del mundo romano. Las mugeres y los muchachos que no habian cumplido diez y siete años de edad, fueron vendidos en pública almoneda, donde por un dinero daban treinta. La sangre del Justo fué vendida en Jerusalem por treinta dineros, y el pueblo habia dicho: *Caiga su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos*. Dios oyó esta imprecacion, y por la última vez cumplió los deseos de los judíos, y luego apartó sus ojos de la tierra de la Promision y escogió un nuevo pueblo.

Treinta y ocho años despues de la muerte de Jesucristo fué quemado el templo, por manera que muchos de los que habian oido la prediccion del Salvador, pudieron verla cumplida.



CAPÍTULO XIII.

TRIUNFO DE TITO Y VESPASIANO EN ROMA POR LA RENDICION DE JUDEA.

EL príncipe Tito, dice Josefo, habiendo logrado vientos favorables en toda su navegacion llegó á Roma, y fué recibido allí del mismo modo que lo habia sido Vespasiano; pero con otro honor mas, y fué que su admirable padre salió á recibir en persona á su hijo incomparable, cuya circunstancia unida á la de haberseles agregado Domiciano, inspiró tal júbilo á todo aquel gran pueblo, que parecia haber en esto algo de sobrenatural.

A pocos días, resolvieron Tito y Vespasiano, que solo hubiese un triunfo para los dos, á pesar de que el

senado había decretado triunfara cada uno en particular. Llegado el día señalado para tan soberbia pompa, no hubo uno, en la inmensa multitud de pueblo que llenaba á Roma, que no anhelara ser espectador: era tan grande la apretura, que solo quedó el lugar preciso para que pasasen los emperadores. Todas las tropas con sus gefes á la cabeza, y marchando con mucho orden se situaron ántes de amanecer, cerca de las puertas, no del palacio superior, sino del templo de Isis donde habían pasado la noche entrambos príncipes: apenas comenzó á rayar el día, cuando salieron coronados de laurel, y vestidos de púrpura para ir á los paseos de Octavio, donde los aguardaba el senado en cuerpo, los mas grandes personajes del imperio, y los caballeros romanos.

Cerca de un gran pórtico se levantaba un trono en que había sillas de marfil; y cuando ya estaban sentados los emperadores coronados del modo referido, vestidos solamente de estofas de seda y sin armas, todos los militares empezaron á darles las alabanzas debidas á sus grandes acciones, como testigos de ellas, pagando así lo que debían á sus virtudes. Notando Vespasiano que aquellos no se cansaban de publicarlas, les impuso modestamente silencio. Levantándose despues, y cubriendo en parte su cabeza con una estrechidad de su ropage, hizo las oraciones y votos acostumbrados, lo que asimismo hizo Tito despues. En seguida habló Vespasiano á todos en general, pero en pocas palabras, y despachó á las tropas á un festin que

les estaba preparado como es de constumbre. De ahí acompañado de Tito fué á la puerta triunfal, llamada así porque solo por ella pasa la pompa de los triunfos. Despues de haber comido allí los triunfadores tomaron sus vestidos triunfales, y ofrecieron sacrificios á los dioses, cuyos simulacros estaban colocados sobre la puerta, y pasaron de ahí al través de las plazas destinadas á los espectáculos públicos para que pudiese el pueblo ver mas cómodamente la magnificencia de aquella pompa soberbia.

Es imposible describir la suntuosidad de este triunfo: excede á cuanto puede uno imaginarse, ya por la excelencia de las obras como por la cantidad de las riquezas, y de la exacta semejanza de los objetos que se representaban allí, pues cuanto todas las naciones mas felices habían podido reunir de mas precioso, de mas admirable y de mas raro, parecia haberse reunido en este día para dar á conocer hasta donde llegaba la grandeza del imperio romano. El oro, la plata, el marfil se ostentaban allí en tanta abundancia en un increíble número de esquisitas obras de todas clases, que no parecían destinadas solo á la solemnidad del triunfo, sino que estaban allí como amontonados. Se veían toda clase de ropages de púrpura admirablemente bordados al uso de Babilonia, una increíble cantidad de piedras preciosas, unas engastadas en coronas de oro, otras en diversos objetos cuyo brillo y gentileza eran tan sorprendentes que no se hubiera creído que se hallara en el mundo cosa igual. Llevaban ídolos de di-

versas naciones de un tamaño prodigioso, y hechos por tan excelentes artistas, que el primor del trabajo no cedía en nada á la materia, por preciosa que fuera. Se veían asimismo allí varias clases de animales apreciables por su rareza, cuyos conductores iban vestidos de púrpura: todos los demas que llevaban los objetos destinados para esta pompa, iban vestidos con ropages de grana bordados de oro, y otros trages tan ricos que nada podía ser mas suntuoso. Aun los cautivos iban tan adornados, y con trages tan diversos, que esta misma variedad no dejaba ver la tristeza que la desgracia habia pintado en sus semblantes. Pero nada causaba mas admiracion á los espectadores que las variadas representaciones de castillos y torres, cuyas moles eran tan grandes que tenian cuatro cuerpos. Todos estos objetos estaban enriquecidos con adornos de oro y de marfil, y á cada momento temia la gente que sucumbiera bajo tan enorme peso la multitud de hombres que los llevaban. Iban allí imágenes de las cosas mas notables de la guerra, representadas tan al vivo, que parecian reales. Se veían provincias muy fértiles arrasadas, muertos escuadrones enteros, otros hechos prisioneros ó puestos en fuga, fortísimas murallas derribadas con las máquinas: castillos tomados y arruinados, grandes ciudades muy pobladas tomadas por asalto, un ejército entrando por una brecha, y pasando á todos á cuchillo sin perdonar siquiera á los que por toda defensa ocurrían solo á las súplicas, quemar los templos, sepultar bajo las ruinas de

las casas á sus mismos dueños, y en fin, cometer con el hierro y el fuego inhumanidades tan espantosas, que en lugar de agua que fecunda la tierra, y apaga la sed de hombres y animales, arroyos de sangre eran los que extinguían una parte del incendio que assolaba á estas ciudades y las convertía en ceniza. Los judíos habian sufrido todos aquellos estragos que la guerra mas cruel imaginable era capaz de causar.

En los muros ó torres de cada ciudad estaba representado el capitán que la habia defendido, y la manera con que aquellas habian sido tomadas. Venían detras muchas naves, y entre la multitud de despojos, los mas notables eran los que se tomaron en el templo de Jerusalem; á saber: la mesa de oro que pesaba muchos talentos y el candelero de oro hecho con mucha habilidad para el destino que tenia, porque de su pié se levantaba una especie de columna de donde salían como del tronco de un árbol siete brazos acanalados en cuyos extremos estaba un candelero en forma de lámpara, y este número siete significaba el séptimo día que es el sábado tan respetado por los judíos, y que guardan con tanta religiosidad. El libro de la ley que para ellos es la cosa mas sagrada del mundo, era el despojo magnífico que iba detras de todos los otros que les habian tomado los romanos. Despues venían muchas estatuas de la victoria, todas de oro y marfil. Detras seguía Vespasiano y luego Tito, á quienes acompañaba Domiciano soberbiamente vestido y

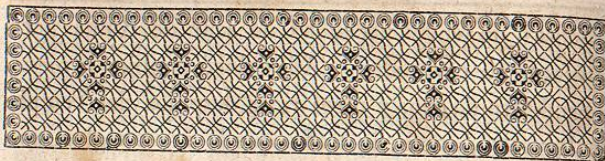
montado en tan hermoso caballo, que no podía uno cansarse de mirarlo.

En el templo de Júpiter capitolino se terminó el espectáculo de tan magnífico triunfo. Allí se quedaron los concurrentes según la antigua costumbre hasta tanto que se anunció la muerte del jefe de los enemigos, que entonces lo era Simón hijo de Gioras, quien después de haber ido en el triunfo entre los demás cautivos, fué arrastrado con una cuerda al cuello, azotado con varas, y ajusticiado en la gran plaza, lugar destinado para el suplicio de los reos. Cuando se anunció su muerte, y manifestando cada uno el júbilo con aplausos, se ofrecieron sacrificios, acompañados de oraciones y de votos. Concluida esta solemnidad, se retiraron los emperadores al palacio, donde dieron un gran festín. Lo mismo se hizo en toda la ciudad en que se celebró este día para dar gracias á los dioses por la victoria alcanzada sobre los enemigos, y también porque se consideraba todo esto, como el término de las guerras civiles, y el principio de una grande felicidad para lo venidero.

Después de este triunfo, viendo Vespasiano tan asegurado el imperio como podía desearlo, determinó edificar el templo de la Paz, y lo ejecutó mas pronto de lo que pudiera creerse, porque estando tan rico, no donó ningún gasto. Acabado que fué este edificio soberbio, lo adornó con tan esquisitas pinturas, y de otras obras admirables, recogidas de todas las partes del mundo, que aquellas gentes que tenían afición á semejan-

tes cosas, no tenían necesidad de salir de Roma para satisfacer su curiosidad. Allí colocó también la mesa, el candelero de oro, y otros ricos despojos del Templo de Jerusalem, como un trofeo que le era tan glorioso. Pero en cuanto al libro de la ley de los judíos, y á los velos del santuario que eran de púrpura, mandó que los guardasen cuidadosamente en su palacio.





CAPITULO XIV.

LUGARES DONDE SE COMPUSO EL CREDO, Y EL PADRE NUESTRO.

ASCENSION.—RESÚMEN DE LA HISTORIA EVANGELICA.

DESDE la peña de la Predicacion subimos á unas cuevas que están a la derecha del camino. Las llaman los Sepuleros de los Profetas, pero nada notable tienen, ni se sabe de qué profetas son las cenizas que allí reposan.

Un poco mas arriba de estas cuevas hallamos una especie de cisterna formada de doce arcos, y aquí fué donde los apóstoles compusieron el Credo. Mientras que todo el mundo adoraba mil vergonzosas deidades, doce desconocidos pescadores componian la profesion

de fe del género humano, y reconocian la unidad de Dios, criador de aquellos mismos astros, ante los cuales no se atrevian las gentes á proclamar su existencia. Si algun romano de la corte de Augusto hubiese pasado cerca de este subterráneo, y visto á los doce apóstoles que componian aquella sublime obra, ¡con qué desprecio no los hubiera mirado, tachándolos de supersticiosos! Y sin embargo, aquellos primeros fieles iban á derribar los templos de los romanos, á destruir la religion de sus padres, á mudar las leyes, la politica, la moral, la razon, y hasta las ideas de aquellos hombres. No desesperemos jamas de la salud de los pueblos. Gimen ahora los verdaderos cristianos por la general tibieza en la fé, pero ¿quién sabe si Dios no ha sembrado ya, en un desconocido campo, el grano de mostaza que debe multiplicarse hasta lo infinito?

Subiendo un poco mas arriba se encuentran las ruinas, ó mas bien el solitario parage donde hubo una capilla, y es tradicion constante que Jesucristo compuso aquí el Padre nuestro. Como un dia estuviese orando en cierto parage, cuando hubo acabado de orar, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enseñadnos á orar como Juan ha enseñado á sus discípulos.

Y el les dijo: „cuando oreis, decid: Padre, santificado sea tu nombre, etc.”

De este modo se compusieron, casi en un mismo parage, la profesion de fé de todos los hombres, y la oracion de todos los hombres.

Treinta pasos mas allá, tirando un poco hácia el nor-

te, hay un olivo á cuyo pié el Hijo del árbitro Soberano del universo predijo el juicio final.

Se verá, dice aun Massillon, al Hijo del hombre recorriendo con la vista desde lo encumbrado de las nubes á los pueblos y á las naciones reunidas y confundidas á sus piés, leyendo en este espectáculo la historia del universo, es decir, de las pasiones ó de las virtudes de los hombres; se le verá reunir de los cuatro vientos á todos sus elegidos; escogerlos de todas lenguas, de todas clases, y de todas naciones; reunir á los hijos de Israel dispersos en el universo; descubrir la secreta historia de un pueblo santo y nuevo; presentar héroes de la fé desconocidos hasta entónces al mundo; no distinguir ya los siglos por las victorias de los conquistadores, por el establecimiento ó decadencia de los imperios, por la civilidad ó barbarie de los tiempos, por los grandes hombres que aparecieron en cada edad; sino por los diversos triunfos de la gracia, por las ocultas victorias de los justos sobre sus pasiones, por el establecimiento de su reino en un corazon, por la heroica firmeza de un cristiano perseguido....

„Arreglada de este modo la disposicion del universo, y separados todos los pueblos de la tierra, inmóvil cada persona en el puesto que le haya cabido en suerte; se verá en el rostro de los unos la sorpresa, el terror, la desesperacion, y la confusion; y en el de los otros la alegría, el sosiego y la confianza: los justos levantarán sus ojos hácia el Hijo de Dios del que esperan su libertad, y los impíos los clavarán de un modo es-

pantoso en la tierra, cual si con sus miradas la quisiesen abrir buscando el puesto que ya les está destinado.”

En fin, despues de haber andado unos cincuenta pasos sobre el monte, se llega á una mezquita pequeña de forma ochavada, restos de una iglesia que se habia edificado en el parage mismo en que Jesucristo subió á los cielos despues de su Resurreccion. En medio de esta mezquita está una piedra en la que se ve estampado el pié izquierdo de un hombre, y ántes se veía la huella del pié derecho; pero la mayor parte de los peregrinos dicen que los turcos cortaron el pedazo de piedra donde estaba esta huella para colocarlo en la mezquita del templo. San Agustin, San Gerónimo, San Paulino, Sulpicio Severo, el venerable Beda, la tradicion, y todos los viageros antiguos y modernos, aseguran que esta huella es la estampa del pié de nuestro Señor Jesucristo; y han inferido que el Salvador en el instante de su gloriosa Ascension tenia vuelto el rostro hácia el norte, como volviendo para siempre las espaldas á la parte del mediodía, que tan contaminada se veía de errores, llamando con esto á la fe á los bárbaros que debian derribar los templos de los falsos dioses, crear nuevas naciones, y plantar el estandarte de la Cruz sobre las murallas de Jerusalem.

Muchos padres de la iglesia creen que Jesucristo subió á los cielos acompañado de las almas de los patriarcas y de los profetas que habia libertado de las cadenas de la muerte: su Santísima Madre y ciento vein-

te discípulos suyos fueron testigos de su Ascension. Extendió los brazos como Moises, dice San Gregorio de Nazianzo, y presentó sus discípulos á su Padre. Despues cruzó sus manos poniéndolas sobre las cabezas de aquellos bienaventurados, y de este modo fué como Jacob bendijo á los hijos de José; y despues elevándose de la tierra con admirable magestad, suavemente subió á las celestiales moradas, y se ocultó en resplandeciente nube.

Tal es la historia evangélica explicada por los sagrados monumentos. La hemos visto comenzar en Belen, seguir en casa de Pilatos, llegar á su catástrofe en el Calvario, y concluir en el monte de las Olivas. El parage mismo de la Ascension no está precisamente en la cumbre del monte, sino doscientos ó trescientos pasos debajo de su mayor altura. Bossuet ha compendiado en pocas páginas toda esta historia, pero estas páginas son sublimes.

La envidia de los fariseos y de los sacerdotes le conducen á infame suplicio: sus discípulos le abandonan: uno de ellos le vende: el primero y mas fiel de todos le niega tres veces. Habiendo sido acusado ante el consejo, respeta hasta el fin el ministerio sacerdotal, y responde en términos exactos al pontífice que jurídicamente le interrogaba; pero habia llegado ya el tiempo en que la sinagoga debia ser reprobada. El pontífice y todo el consejo condenan á Jesucristo porque se llamaba el Cristo hijo de Dios. Le entregan á Pontio Pilatos, presidente romano: este juez reconoce su

inocencia, pero la política y el interes le hacen proceder contra su propia conciencia, y condena al Justo á muerte: el mayor de todos los delitos produce la mas perfecta obediencia que jamas hubo. Jesucristo dueño de su vida y de todas las cosas, se entrega voluntariamente al furor de los malos, y ofrece este sacrificio que debe servir de expiacion al género humano. Estando en la cruz mira en las profecías lo que le quedaba que hacer, lo hace, y dice en fin: „Consumado está.”

„Dicha esta palabra, todo se muda en el universo, cesa la ley, pasan las figuras, y con una oblacion mas perfecta quedan abolidos los sacrificios. Hecho esto Jesucristo espira dando una gran voz: se conmueve toda la naturaleza: el centurion que le guardaba admirado de semejante muerte, exclama, que es verdaderamente el Hijo de Dios; y todo el gentío que asistia á este espectáculo se vuelve dándose golpes en los pechos. Al tercer dia resucita y se aparece á los suyos que le habian abandonado, y que se obstinaban en no creer su resurreccion. Le ven, le hablan, le tocan, y se convencen
Sobre estos cimientos, doce pescadores emprenden el convertir á todo el mundo que ven tan opuesto á las leyes que tenian que dictarle, y á las verdades que tenian que anunciarle. Se les manda que comiencen por Jerusalem, y que desde allí se extiendan por toda la tierra para enseñar á todas las naciones, y bautizarlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu San-

to. Jesucristo les promete que estará con ellos hasta la consumacion de los siglos, y asegura con esta palabra la perpetua duracion del ministerio eclesiástico. Dicho esto sube á los cielos en presencia de sus discípulos.”

Bajamos del monte Olivete, y volvimos á montar á caballo para seguir nuestro camino. Dejamos á la espalda el valle de Josafat, y caminamos por caminos escarpados hasta el ángulo septentrional de la ciudad: y desde aquí volviendo hácia el oeste, y siguiendo la muralla que mira al norte, llegamos á la cueva donde Jeremías compuso sus lamentaciones. No estábamos léjos de los sepulcros de los reyes, pero dejamos el verlos para otro dia, porque ya era tarde, y nos fuimos á la puerta de Jafa, que fué por donde salimos de Jerusalem. Cuando entramos en el convento ya eran las siete de la noche. Habian durado cinco horas nuestras estaciones; pero yendo á pié, y siguiendo por las murallas de la ciudad, apenas se necesita una hora para dar la vuelta entera á Jerusalem.



CAPÍTULO XV.

HISTORIA DE JERUSALEN.

EL dia 8 de octubre salí á las cinco de la mañana con mi comitiva para andar lo interior de la ciudad. Pero detengámonos aquí para recorrer la historia de Jerusalem. Esta ciudad fué fundada en el año del mundo 2023 por el gran sacerdote Melchisedech, quien la llamó *Salem*, es decir, la Paz; y entónces solo ocupaba los dos montes de Moria y de Acra.

Cincuenta años despues de su fundacion fué tomada por los jebuseos, que descendian de Jebus, hijo de Canaan; y los cuales levantaron sobre el monte Sion una fortaleza á la que dieron el nombre de su padre Jebus, y la ciudad fué llamada entónces Jerusalem, que significa Vision de Paz. Toda la Sagrada Escritura hace un